

concebida inmaculada. Creemos en una revelación permanente de Dios en la humanidad, y veneramos á los que Dios elige por sus órganos. Tal es el inmenso beneficio que debemos al libre pensamiento en el dominio de la religión, cuyo honor restablece en la realidad, con ser en la apariencia su encarnizado enemigo. Si la religión pudiera perecer, perecería á manos de la ortodoxia.

§ III.—Semler, el pietista liberal.

I.

¡Desgraciados de los primeros que se apartan del sendero trazado por la tradición para lanzarse por los caminos de lo porvenir! El siglo XVIII no era ya cristiano: hablamos de los pensadores, y el pensamiento es quien gobierna al mundo; pero se necesitan siglos para difundir la luz de la razón. Las Iglesias protestantes eran todavía enteramente ortodoxas, así como las facultades de teología que preparaban para su ministerio á los futuros pastores; los teólogos apenas se inquietaban por los ataques de la filosofía; se pensaba que los filósofos, engendro de Satanas, irían á juntarse con su padre y expiarían su temeridad en tormentos sin fin. Con esto se consolaban los ortodoxos; pero no conoció límites su furor cuando penetró en su propio campo el libre pensamiento. Nada es tan contagioso como el pensamiento, y contra este contagio no hay cordón sanitario que valga. ¿Quién hubiera creído que un teólogo educado por pietistas, y que se mantuvo toda su vida como un piadoso cristiano, había de inaugurar el reinado del liberalismo protestante? El nombre mismo data de Semler, que publicó en latín una guía ó un método para enseñar la doctrina cristiana con un espíritu liberal (1). Los ortodoxos clamaron contra la palabra *libertad*, y la cosa no era más de su agrado; trataron á Semler de sociniano, de materialista y de indiferentista: oyéndolos, se creería oír al papa. El cándido Semler creyó que se le había comprendido mal, y escribió un grueso volumen de 700 páginas para explicar y desarrollar su pensamiento (2); no sospechaba que la mera palabra *libertad*,

(1) «Institutio ad doctrinam christianam liberaliter discendam.»

(2) Versuch einer freieren theologischen Lehrart, zur Bestätigung und Erläuterung seines lateinischen Buchs (Halle, 1777).

puesta en el título de una obra teológica, era una declaración de guerra á la teología tradicional.

Injurias, calumnias y denuncias llovieron sobre el piadoso teólogo. Asistamos por un instante á esta tempestad. Un crítico ortodoxo declaró que no podía contarse á Semler entre los herejes, por la razón de que había dejado de ser cristiano (1). Hé ahí la ortodoxia en toda la simpleza de sus absurdas pretensiones: el que no cree todo lo que se halla en su catecismo es un pagano y un publicano; por consecuencia, Semler estaba convicto de destruir el cristianismo. Uno de esos celosos ortodoxos, profesor en la universidad, dirigió al *cuerpo evangélico* una petición de 168 páginas para denunciar á los teólogos libres pensadores: «Dentro de diez años, exclamaba, ó de veinte á lo más, no habrá protestantismo, si se deja obrar á esos *naturalistas*.» Compara á Semler con un incendiario, porque predica la tolerancia: «Es peor, dice, porque los incendiarios cometen sus crímenes á la sombra, mientras que Semler ostenta sus crímenes como virtudes.» (2). No se conmovió por estas furibundas acusaciones el *cuerpo evangélico*; mas entónces los mismos celosos emprendieron la persecución: prohibieron á los candidatos que siguieran las lecciones de Semler; organizaron un sistema de inquisición para descubrir á los que comulgaban en sus errores, y los excluyeron del santo ministerio (3); y no hay que decir cómo se desataron la injuria y la calumnia contra nuestro pietista liberal, tratándose de los ungidos del Señor; que nada hay más odioso que las imputaciones de los ortodoxos. Acusábase á Semler de calificar de superstición la historia de Jesucristo, de profesar que la Biblia era un conjunto de necedades, y que nadie creía ya en ellas, á excepcion de los tontos (4).

Semler se defendió en una apología dedicada á sus discípulos, donde se quejaba amargamente de las mentiras propaladas por los ortodoxos. ¡Acusarlo de ser enemigo declarado del cristianismo, cuando se trataba precisamente de atraer á la religión del Cristo á los que diariamente alejaba de

(1) SEMLER, *Erklärung über einige neue theologische Aufgaben, Censuren und Klagen*, p. 308 y siguientes.

(2) SEMLER, *Erklärung über einige neue theologische Aufgaben, Censuren und Klagen*, p. 1-9.

(3) SEMLER, *Erklärung über einige neue theologische Aufgaben, Censuren und Klagen*, p. 144 y siguientes.

(4) SEMLER, *Erklärung über einige neue theologische Aufgaben, Censuren und Klagen*, p. 200 y sig., 24 y siguientes.

ella una estrecha ortodoxia! Y, sin embargo, tal es el poder del odio teológico, que hoy todavía persiguen su memoria los ortodoxos, y llegan hasta á sospechar de su moralidad (1). Semler era un alma profundamente religiosa y aún dada al misticismo, como él mismo lo confiesa en su *Autobiografía*. Había en el siglo XVIII, en Alemania como en Francia, una secta de *naturalistas*, es decir, de enemigos declarados del cristianismo, que se movían de la santidad de Semler y de su estrecha religión. Nuestro teólogo responde que esas burlas no le afectan: «Prefiere, dice, las lágrimas que le hace derramar su fe á la gloria de ser libre pensador; no pretende pasar por uno de esos grandes genios que consideran el cristianismo como una religión ya superada, como una preocupación ó un tejido de supersticiones.» (2). Semler, á quien se acusaba de arruinar el cristianismo, tomó la defensa del cristianismo contra sus adversarios; escribió una refutación de los *fragmentos de un anónimo* (3), bajo cuyo título es sabido que publicó Lessing algunos extractos de la obra de Reimarus. Mas, á decir verdad, Semler era enemigo del cristianismo teológico, que imperaba todavía en las universidades; se le reprochaba predicar un nuevo Evangelio (4), y comparada con la ortodoxia protestante, su doctrina era, en efecto, un cristianismo nuevo: tanto se habían alejado los ortodoxos de la religión de Jesucristo. Esta religión era la de Semler.

La autoridad atribuida á los libros sagrados era el arca santa del protestantismo oficial, y para ponerla al abrigo de toda discusión imaginaron los teólogos el dogma de la inspiración literal: todo es divino en la Escritura, hasta los puntos y las comas. Como de costumbre, la ortodoxia exagerada se volvió contra la fe. ¿Cómo creer que la Biblia entera había sido dictada por el Espíritu Santo, palabra por palabra, letra por letra? Semler preguntó á aquellos fanáticos quién les había enseñado que la Escritura fuera la obra del Espíritu Santo. Los libros que componen el Antiguo Testamento no eran considerados como inspirados por los

(1) SAINTES, *Histoire du rationalisme en Allemagne*, segunda edición, p. 157 y siguientes.

(2) SEMLER, *Leben, von ihm selbst abgefasst*, t. II, Prefacio.

(3) SEMLER, *Beantwortung der Fragmente eines Ungenannten* (1780).

(4) SEMLER, *Erklärung über einige theologische Aufgaben*, página 248.

Judíos; la inspiración es una doctrina cristiana; pero ¿fundada en qué? El Nuevo Testamento se compone de palabras del Cristo, de una historia de su vida y de algunos escritos de circunstancias: ahora bien, no hay ni una palabra en los Evangelios ni en las Epístolas de la que se pueda inducir que sus autores se creyeran inspirados. «Examinad, dice á los fieles San Pablo, y elegid lo que haya mejor;» apela á su razón y á su conciencia, sin pensar en darse como secretario del Espíritu Santo. Si Semler rechaza la inspiración literal, no quiere esto decir que niegue la inspiración de los profetas y de los evangelistas; pero no cree en la inspiración de una máxima porque esté consignada en la Escritura; cree en ella porque responde á una necesidad de su alma. Hay en los libros sagrados muchas cosas que repugnan á la razón y á la conciencia de Semler: no cree ni en las posesiones ni en el exorcismo; y aunque los Evangelios están llenos de historias de poseídos, no le parecen por esto más creíbles. ¿Va á convertirse una superstición judaica en una verdad revelada porque se halle en el Evangelio? Pues que esas preocupaciones existían entre los Judíos, hay que creer que respondían á una necesidad de su alma, y aún puede haber hombres á quienes esos prodigios edifiquen. Eso será cuestión suya; pero que no impongan su manera de ver á todos los cristianos, que dejen á cada cual la libertad de elegir en la Escritura los libros que satisfagan á sus sentimientos religiosos (1).

Hay un abismo entre el cristianismo de Semler y el de los protestantes. Éstos, después de haber rechazado la autoridad de la Iglesia, se dieron á construir otra autoridad tan tiránica y más estrecha todavía, porque una autoridad viva puede en rigor acomodarse á las exigencias del espíritu humano y seguir, aunque de lejos, sus progresos, mientras que un libro escrito hace algunos millares de años se convierte en una cadena intolerable, si se pretende que por siempre sufran semejante yugo las conciencias. Los ortodoxos olvidaban que los reformadores habían dejado á cada fiel el cuidado de interpretar la palabra de Dios, lo cual era apelar á la conciencia individual y constituir la en juez de lo que se halla escrito en los li-

(1) SEMLER, *Versuch einer freieren theologischen Lehrart*, páginas 143, 241, 243, 247, 249.

bros sagrados, apropiándose cada cual lo que esté en armonía con su inteligencia y sus sentimientos. Este elemento de individualismo, que constituye la esencia de la Reforma, es lo que restablece Semler. Los ortodoxos lo habían olvidado hasta el punto de que su doctrina no era más que un catolicismo inconsecuente que tarde ó temprano debía ser absorbido por el catolicismo lógico que reina en Roma; Semler y los protestantes liberales que de él proceden han abierto el único camino por donde puede salvarse la Reforma, y, por consecuencia, el cristianismo.

II.

Habíase ensañado el Fragmentista en demoler las profecías y los milagros, esperando que, al arruinar los fundamentos del cristianismo, arruinaría también el mismo edificio; y no se equivocaba, si por cristianismo se entiende el catolicismo ó el protestantismo ortodoxo. ¿No dicen todos los ortodoxos que si el Cristo no resucitó es vana su fe? Reimarus se consagró, pues, á poner de relieve las mil contradicciones y las mil imposibilidades que acerca de la resurreccion se hallan en las narraciones de los evangelistas. Y el golpe fué certero. En vano ha intentado la ortodoxia moderna defender el milagro; cuanto más quiere profundizar un hecho imposible, más demuestra su imposibilidad. Si, pues, el cristianismo depende de la resurreccion, precisa decir que la religion cristiana se ha acabado. Hé ahí de lo que sirve la ortodoxia. Felizmente hay otro cristianismo. ¿No eran acaso cristianos los apóstoles en vida de su Maestro, cuando estaban lejos de presuntir su muerte en la cruz y cuando ni aun podían sospechar siquiera su resurreccion? Y hasta en los primeros siglos del cristianismo ¿no hubo un obispo que cuenta entre los Padres de la Iglesia, Synesius, el cual declaró que no creía en la resurreccion? ¿Puede decirse que un hecho exterior, un milagro, sea la esencia del cristianismo? (1).

Semler responde que los milagros y las profecías son historia, é historia judaica. Los Judíos necesitaban testimonios exteriores para creer, y hallaron estos testimonios en sus libros sagrados y

(1) SEMLER, *Beantwortung der Fragmente eines Ungenannten*, página 248.

las curas milagrosas hechas por el Cristo; pero nosotros, ¿qué tenemos de comun con los Judíos, ni qué nos importan los motivos particulares, nacionales, por decirlo así, que los inclinaban á creer ó á no creer? Todo esto es historia antigua (1). Para nosotros no consiste el cristianismo en las profecías del Antiguo Testamento ni en los milagros del Nuevo; tiene una base más sólida, una base inquebrantable, las necesidades de nuestra alma, que la religion del Cristo satisface. Los ortodoxos ponen la esencia de la religion cristiana en algunos fragmentos de dogmas que toman del catolicismo y en que no tardarán en dejar de creer los niños. No era esa la opinion de Semler. Había leído en los Evangelios que la ley de Jesucristo consiste en amar á Dios y á nuestro prójimo, que los hombres deben tender á la perfeccion y que la perfeccion reside en la santidad del alma; se atenia á las palabras del Cristo con preferencia á todos los decretos de los concilios y á todos los escritos de los Padres, y no le faltaban para ello buenas razones. ¿Por qué da la Iglesia tanta importancia á que los fieles crean los dogmas que ella les impone? Porque los dogmas son el fundamento del imperio que la Iglesia ejerce sobre las almas: si el Cristo es Dios, y si ella es la Esposa del Cristo, ¿quién ha de osar resistirla? Si á su voluntad hace el sacerdote que Dios descienda á un pedazo de pan, ¿quién no ha de postrarse á sus piés? Pues que los dogmas de la ortodoxia son tan favorables á la dominacion de la Iglesia, ¿no es permitido suponer que han sido imaginados por un interes de ambicion más que por interes de fe? De ahí ese cristianismo exterior que semeja á una ley á la cual se debe obedecer, so pena de la vida en este mundo y de condenacion en el otro. Ese era el cristianismo que encadenó las inteligencias y las almas hasta el siglo XVI; los reformadores llamaron á los fieles á la libertad, y se la dieron volviendo al cristianismo interior de Jesucristo, el cual no prescribe la obediencia, sino la santificacion del alma (2).

¿Cuál es el verdadero cristianismo? Los protestantes no debieran formular esta pregunta; y, sin embargo, se les ve hoy restaurar el cristianis-

(1) Véase sobre los milagros y las profecías la parte décimacuarta de estos Estudios.

(2) SEMLER, *Zusätze zu Lord Barringtons Versuch über das Christenthum und den Deismus*, p. 250, 254-256, 261 y siguientes.

mo tradicional en su forma más absurda, en sus creencias más supersticiosas, á fin de restablecer la autoridad de la Iglesia, que es lo que más aman. Si pudieran tener la autoridad sin los dogmas, echarían á un lado los dogmas. Hélos aquí, pues, ocupados en restablecer creencias que ya no aceptaba el siglo XVIII: preguntémosles con Semler si, para ser cristiano, será preciso creer que el ángel Gabriel anunció á la Santa Virgen que iba á concebir por obra del Espíritu Santo. ¿Se necesitará, para entrar en el reino de los cielos, creer en los poseidos y en la legion de diablos que hizo Jesus entrar en una manada de puercos? ¿no será mejor cristiano aquel que, sin cuidarse del ángel Gabriel ni de los demonios, haga esfuerzos incansables por su perfeccionamiento moral? La religion es una vida y no una doctrina. Los apóstoles predicaban á los judíos y á los gentiles que debían convertirse si querían obtener puesto en el reino de los cielos; y ¿qué era esa conversion? ¿Decía acaso San Pablo á los Corintios y á los Romanos: Creed en el ángel Gabriel, creed en los poseidos? No, deciales: "Cambiad de sentimientos; vuestra vida era exterior, no pensábais en vuestra alma; precisa que la preocupacion de vuestra perfeccion moral sea la gran cuestion de vuestra vida hasta que seais perfectos como vuestro Padre en los cielos." No predicó el Cristo una doctrina á sus discípulos, les predicó una vida santa, y su santa vida constituyó toda su predicacion (1).

Hé ahí lo que Semler decía á su amigo Lavater en íntimas conversaciones sobre la religion práctica: quería que la religion fuera libre. Los ortodoxos exigen hoy que la religion esté sometida á una autoridad, á la autoridad de un dogma y á la autoridad de una Iglesia. Preguntemos otra vez cuál es el verdadero cristianismo. Semler no rechaza el dogma tradicional, es creyente; su profesion de fe es, en apariencia, la de la ortodoxia (2), pero no más que en apariencia. El dogma, como la religion, es para Semler algo de individual, en el sentido de que la doctrina es el medio y no el fin: el fin es la santificacion del alma, y ésta es la obra del individuo; cada fiel debe saber cuál es el mejor medio de adquirirla, y puede apoyarse en el dogma, y

(1) SEMLER, *Unterhaltungen mit Herrn Lavater über die freie praktische Religion*, p. 126, 127, 89.

(2) SEMLER, *Unterhaltungen mit Herrn Lavater über die freie praktische Religion*, p. 99-101.

con preferencia en tal ó cual dogma, en la gracia, por ejemplo, y la predestinacion. ¿Cuántos hombres no han encontrado en esa creencia un medio de edificacion, mientras que otros han sentido repugnancia hácia la creencia de una salvacion otorgada ó negada, sin que entren por nada en elló nuestra voluntad ni nuestros méritos ó deméritos! ¿Qué sucedería si se quisiera imponer á todos los fieles el dogma de la gracia y de la predestinacion? Sucedería que, lejos de hacerlos religiosos, se les desviaría de la religion; así pasaba ya en el siglo XVIII; y cuanto más exigente se haga la ortodoxia, más aumentará la desercion. Insistimos, pues, con Semler para que se deje una entera libertad á los fieles en materia de dogmas; que siendo la salvacion un asunto individual, deben también variar de un individuo á otro los medios por los cuales se alcanza (1). No olvidemos que el sábado está hecho para el hombre y no el hombre para el sábado.

No es esa la opinion de los ortodoxos; intolerantes por esencia, se les ha visto y se les verá siempre imponer sus dogmas como condicion de salvacion. La ambicion de dominar juega un gran papel en la ortodoxia; pero es preciso también tener en cuenta la ceguedad que produce la creencia de una revelacion milagrosa, porque cuando hay la persuasion de que Dios se ha encarnado para enseñarnos ciertos misterios, y de que la salvacion depende de la fe en esas pretendidas verdades, es imposible abandonarlas á la libre apreciacion de los individuos: sería dejarles la libertad de condenarse. Queda por averiguar si hay una revelacion milagrosa, y si al encarnarse ha querido Dios imponernos ciertos dogmas como condicion de salvacion. Los libres pensadores negaban la revelacion y negaban además que el dogma ortodoxo fuera idéntico con el cristianismo; Voltaire decía que la teología no tenía nada de comun con la religion, y Semler se inclinaba mucho á este sentir (2). La unidad de dogma es una cuestion de Iglesia más que de religion; se concibe que la Iglesia, que es una sociedad exterior, tenga ciertos caracteres exteriores que la distinguen; mas cuando se trata de Iglesias protestantes, no se deben considerar esas se-

(1) SEMLER, *Versuch einer freieren theologischen Lehrart*, páginas xi y 28.

(2) SEMLER, *Unterhaltungen mit Herrn Lavater*, p. 185 y siguientes.

ñales exteriores como una ley que encadena la conciencia de los individuos, pues que en otro caso volverían al catolicismo y se convertiría el dogma en instrumento de dominación. Esta era, sin embargo, la pretensión de las Iglesias protestantes en el siglo pasado, y á Semler se debe gratitud por haberla combatido (1). Compréndese que ligen los católicos la salvación al dogma, pues que, para ellos, la Iglesia, depositaria y órgano del dogma, se confunde con Dios; pero no se concibe cómo los protestantes, que se apoyan en la Escritura, puedan identificar la religión y la teología. ¿Dijo acaso Jesucristo: Creed en el pecado original y os salvaréis, creed en mi divinidad y alcanzaréis la salvación, creed en mi resurrección y seréis salvos? No, ciertamente, y Semler dedujo de ahí que no hay artículos de fe fundamentales en el sentido de que sean necesarios para la salvación; la buena nueva es la predicación del perfeccionamiento moral: "Sed perfectos como vuestro Padre en los cielos;" todo lo que se llama dogmas fundamentales pertenece á la teología (2), y la teología no viene de Dios; son los hombres quienes han formulado los dogmas. ¿Se quiere la prueba? Lo que Dios revela es inmutable como la divinidad: ¿sucede así con los dogmas? Los católicos, esos ortodoxos por excelencia, pretenden que así es; pero los reformadores acusaron ya de variaciones á la Iglesia; ¿qué digo? la convencieron de haber forjado dogmas; y lo cierto es que los dogmas cambian; la dogmática del siglo XVIII no era ya la del XVI. ¿Con qué derecho se pretende, pues, aprisionar á los fieles en ciertas creencias, y por qué obstinarse en confundir la religión, que es eterna, con la teología, que es esencialmente variable?

La Trinidad es el fundamento del cristianismo dogmático; figura en todas las confesiones del siglo XVI: ¿es de esencia en el cristianismo, es una creencia necesaria para la salvación? Semler lo niega, y con razones poderosas, aún bajo el punto de vista de la ortodoxia. Si la fe en la Trinidad, tal como fué formulada en Nicea, fuera de esencia en el cristianismo, todos los cristianos, desde Jesucristo y sus apóstoles, hubieran debido creer que hay tres personas y que cada una de estas tres

(1) SEMLER, *Zusätze zu Lord Barrington's Versuch über das Christenthum und den Deismus*, p. VII.
(2) SEMLER, *Letztes Glaubensbekenntnis, über natürliche und christliche Religion*, p. IX-XI y 9.

personas es Dios. Pues bien: ábranse los Evangelios y las Epístolas, recórranse los escritos de los Padres de la Iglesia anteriores al concilio de Nicea, y se verá que los unos nada dicen de la Trinidad, cuyo nombre ni siquiera conocen, y que los otros enseñan lo contrario de lo que fué decretado en Nicea. ¿Cosa singular! Un sabio jesuita, Petau, es quien ha afirmado ese hecho, y es incontestable (1). ¿Cuál puede ser la autoridad del dogma de la Trinidad en presencia de semejante testimonio? Y no lo hay más fundamental: si los obispos, si los santos de los tres primeros siglos pudieron hacer su salvación creyendo que el Hijo está subordinado al Padre, ¿por qué deberíamos nosotros creer, so pena de condenación, que es coeterno? ¿Será porque trescientos obispos lo decidieron así en Nicea? Esto es un motivo de creencia para la Iglesia católica, interesada en mantener su infalibilidad; pero no hace autoridad para los protestantes, pues los más ortodoxos entre los ortodoxos sólo se consideran ligados á la Escritura, y los libros sagrados, aún hablando del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, no dicen nada de esas personas divinas, ni de su esencia, ni de sus relaciones. Dejemos, pues, en estos puntos á cada fiel la libertad de creer lo que le plazca, y no trasformemos en condición de salvación un dogma que Jesucristo y sus apóstoles ignoraban, como toda la cristianidad primitiva (2).

Los ortodoxos modernos, á pesar de su buena voluntad de creer todo lo que ha sido siempre creído, no hablan ya de la Trinidad, lo cual es abandonar implícitamente la divinidad de Jesucristo, porque la divinidad de Jesucristo fué lo que se decretó en Nicea, y sobre la divinidad del Cristo giraban las violentas discusiones entre los arrianos y los ortodoxos. ¿Será una condición de salvación para nosotros lo que no era un dogma esencial para los primeros cristianos? Semler se admira de que se hayan confundido los debates teológicos sobre la coeternidad del Hijo, sobre las dos naturalezas de Jesucristo, con el cristianismo, y le irrita que se quiera elevar á la altura de un dogma fundamental la charlatanería de los Griegos sobre el *omoousios* y las sutilezas que los teólogos moder-

(1) SEMLER, *Lebensbeschreibung*, Vorred.
(2) SEMLER, *Lebensbeschreibung*, t. II, p. 341 y sig.: *Versuch einer freieren theologischen Lehrart*, p. 294, 300 y sig.: *Beantwortung der Fragmente eines Ungenannten*, p. 95.

nos han fraguado sobre ese chistoso fundamento (1). En efecto, el género majestático sería digno de figurar, y en primera línea, entre las necedades inventadas por la escolástica. La *majestad divina* fué comunicada á la carne del Hombre-Dios, y desde entonces debemos adorar, no sólo el Verbo encarnado en la carne, sino la carne misma; mas guardaos de dirigir vuestro culto á la carne separada del cuerpo, que seríais hereje y condenado: adorar la carne del Cristo, en sí misma no separada del Verbo, es una verdad ortodoxa; adorarla en sí misma, separada del Verbo, es una herejía. ¡Hé ahí el galimatías que la teología ha formado con el dogma de Nicea! ¡Y se pretende hacer de ese absurdo una condición de salvación! (2).

Semler invoca en su apoyo la historia. ¿Quién fué el primero que habló del Verbo y de su encarnación? El Evangelio de San Juan. Ahora bien, durante largo tiempo quedó ignorado ese Evangelio; y aún sería preciso añadir que no fué escrito hasta el siglo II; los cristianos primitivos ignoraban la misma palabra Verbo: ¿eran por eso acaso menos buenos cristianos? Semler concluye de aquí que los debates de los arrianos y de los católicos no tenían nada de común con el cristianismo; era una cuestión de Iglesia y no de religión; se quería una Iglesia exterior y una confesión de fe como lazo de unidad. ¿Por qué se interesaban tanto los obispos por esa unidad exterior? ¿Era por interés de la salvación ó por interés de su autoridad? ¿Cuestión de dominación! ¿Qué nos importan, pues, sus decretos? Para nosotros no consiste ya el cristianismo en la autoridad de la Iglesia, obispos ó papas; consiste en el principio de moralidad que Jesucristo trajo al mundo (3).

La ortodoxia moderna hace lo imposible para devolver prestigio al dogma, y, sobre todo, á la divinidad del Cristo, ó á lo menos á una cuasi-divinidad: necesita un Salvador á toda costa. Preguntemos á estos creyentes si creen todavía, con los Padres de la Iglesia, que Jesucristo salvó á los hombres rescatándolos del poder del demonio y que él mismo se dió como rescate al diablo. Hé ahí

(1) SEMLER, *Lebensbeschreibung*, t. II, p. 278: *Versuch einer freieren theologischen Lehrart*, p. 408, 411, 419.
(2) Acerca del *Genus majestaticum*, véase SEMLER, *Versuch*, páginas 426-429.
(3) SEMLER, *Zusätze zu Lord Barrington's Versuch über das Christenthum und den Deismus*, p. 226, 231-233.

el dogma de la satisfacción en su primer germen. ¿Es esa también la opinión de nuestros ortodoxos? Necesario es entonces que retrocedan hasta el judaísmo y que consideren á Dios como un sér alterado por la venganza, que no puede ser apaciguado sino por la sangre de su único Hijo. Esta justicia implacable sublevaba el corazón de Semler, y el siglo XVIII era de su opinión. No, no es ese el cristianismo de Jesucristo; nos ha salvado, pero no del imperio del diablo, sino haciéndose el principio de nuestra regeneración moral; no es la sangre del Cristo quien nos salva, concepción bárbara y digna de un pueblo bárbaro, sino su vida, si nos inspiramos en su caridad y en su confianza en Dios; nos ha enseñado que tenemos un Padre en los cielos, y la bondad de ese Padre da á los pecadores la seguridad de su perdón con tal que tengan arrepentimiento y se conviertan. ¿No basta esto para ser cristianos? (1).

III.

Si la Trinidad, si la divinidad de Jesucristo no son dogmas fundamentales en los cuales haya que creer para salvarse, preciso es decir que no hay artículos de fe, en el sentido que les atribuyen los ortodoxos. Ese es ciertamente el pensamiento de Semler, tal como lo formuló en su profesión de fe sobre el cristianismo y sobre la religión natural (2); dice y repite que una cosa es el dogma y otra la religión. ¿Quién ha formulado el dogma? Los concilios, no Jesucristo. Los concilios han podido tener poderosas razones para ello; pero siempre resulta que la política les ha inspirado más que el Espíritu Santo, el interés de la dominación eclesiástica más que la salud de las almas; y lo más favorable que pudiera decirse es que, estando dividida la cristiandad en multitud de sectas, han querido los concilios darle la fuerza de la unidad (3). ¿Significa esto que los cristianos que se guían otras opiniones dejarán de ser cristianos? Pase que los católicos lo digan; pero no pueden ciertamente decirlo los protestantes, pues que ellos

(1) SEMLER, *Versuch einer freieren theologischen Lehrart*, página 451 y sig.: *Letztes Glaubensbekenntnis*, p. 166-168, 194-196.
(2) SEMLER, *Letztes Glaubensbekenntnis über natürliche und christliche Religion*, p. 226-235.
(3) SEMLER, *Versuch einer freieren theologischen Lehrart*, páginas 6-19: *Letztes Glaubensbekenntnis*, p. 171, 145-147.